

Gian Corrado Peluso y
Gianni Mereghetti

ANDRÉS AZIANI

fiebre de vida



Andrés Aziani, fiebre de vida

100XUNO

Gian Corrado Peluso y Gianni Mereghetti

Andrés Aziani, fiebre de vida

Presentaciones de Giovanni Paccosi y Paolo Aziani

Traducción de Belén de la Vega Cabrera



Título en idioma original: *Andrea Aziani febbre di vita*
© 2023 Itaca srl, Castel Bolognese

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2024
Traducción de Belén de la Vega Cabrera
Presentaciones de Giovanni Paccosi y Paolo Aziani

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 136

Fotocomposición: Encuentro-Madrid
Impresión: Cofás-Madrid
ISBN: 978-84-1339-203-5
Depósito Legal: M-17457-2024
Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:
Redacción de Ediciones Encuentro
C/ Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607
www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

PRESENTACIONES

Un hombre enamorado de Cristo al servicio de la Iglesia, por Giovanni Paccosi.....	9
Mi hermano Andrés, por Paolo Aziani.....	12
Introducción. Una historia singular	15

PRIMERA PARTE LAS CUATRO CIUDADES DE ANDRÉS

I. Abbiategrasso.....	21
II. En la Universidad Estatal de Milán	35
III. Siena	41
IV. Florencia.....	77

SEGUNDA PARTE LA MISIÓN EN PERÚ

I. Los primeros años	97
II. En la universidad.....	117
III. Los primeros universitarios	121
IV. La vida en la casa de los <i>Memores Domini</i>	127
V. El mismo destino	135

VI. El sentido religioso en los Andes	139
VII. El punto clave de la pertenencia.....	143
VIII. La Universidad Católica Sedes Sapientiae.....	147
IX. Un yo consciente de lo que le ha sucedido.....	153
X. Ser maestro significa amar el destino del alumno.....	155
XI. Un hombre movido por la caridad.....	161
XII. Veintidós puntos por un pollo	171
XIII. Incansable desde el alba hasta la noche.....	175
XIV. El encuentro entre dos revolucionarios	181
XV. Frente al misterio de la muerte de don Giussani.....	187
XVI. La visita del padre Julián Carrón a Lima.....	191
XVII. Una de sus últimas cartas, un testamento espiritual.....	195
XVIII. Su última clase.....	199
XIX. El último día.....	203
XX. El funeral.....	207
XXI. Andrés en el recuerdo de su padre	209
XXII. Un hombre tocado por el Espíritu	213
XXIII. Un hombre del que aprender a vivir.....	217
Por qué he abierto la causa de beatificación. Entrevista a monseñor Lino Panizza Richero	221

PRESENTACIONES

UN HOMBRE ENAMORADO DE CRISTO AL SERVICIO DE LA IGLESIA

Conocí a Andrés en marzo de 1978. Él tenía veinticinco años y yo dieciocho. Cuando Lele Tiscar (él también se ha marchado a la casa del Señor) me lo presentó, me sentí muy intimidado, quizá porque Andrés, que era alto, vestía como un revolucionario, con la barba y el pelo oscuro y largo. Me miró fijamente y con seriedad escuchando lo que Lele le decía de mí. Volví a verlo al poco tiempo en Siena, gracias a la amistad con Dado Peluso, que vivía con él.

Fue dos años después, en 1980, cuando lo conocí realmente. El papa venía de visita a Siena, y una calurosa tarde de agosto nos reunimos en la sede de CL¹ de Florencia, junto al río Arno, con un grupito de los pocos que no estaban de vacaciones, para preparar ese momento. Andrés dirigía el encuentro. Nunca olvidaré la impresión que me produjo la claridad de su juicio: «Queremos dar el alma para acoger al papa», dijo, «no porque seamos ‘papistas’, sino porque queremos que Cristo sea conocido; si viene el papa, acontece la presencia de Cristo entre nosotros».

Por sugerencia suya, elaboramos unas enormes pancartas e implicamos a cientos de chavales. A las siete de la mañana del día de la visita estábamos ya en la Plaza del Campo con esos mil y pico jóvenes de CL, y fue un día estupendo.

¹ Comunión y Liberación, movimiento eclesial fundado por el sacerdote Luigi Giussani a mediados de los años 50 del siglo pasado en Italia (*ndt*).

Desde entonces Andrés se convirtió para mí en un punto de referencia, en los años de seminario y sobre todo después, cuando se estableció en Florencia desde 1986 a 1989. Comencé a verlo con frecuencia, casi cotidianamente, compartiendo con él, con Paolo Bargigia y con otros la aventura de dar clase en secundaria y bachillerato y de guiar a los estudiantes de CL.

Un día de septiembre de 1989 me encontré con él en la parada del autobús y cuando le pregunté a dónde iba me respondió: «Voy a clase de español», y después, en voz baja, «me voy a Perú».

Durante muchos años solo lo vi esporádicamente, pero era plenamente consciente de que estaba allí, lejos, dando la vida por Cristo y por ese mundo misterioso, entre el Pacífico, los Andes y la Amazonia. Así me lo imaginaba y, a veces, lo veía en fotos.

Una de esas fotos, en las que salían Andrés y Dado en Perú, la tenía enmarcada en mi despacho de párroco en Coverciano. ¿Quién habría sospechado que, precisamente delante de esa foto, hablando de esos dos amigos con monseñor Lino Panizza, nacería también para mí la aventura de Perú?

El 28 de octubre de 1999 mi obispo me autorizó a partir a la misión. Se lo escribí inmediatamente a Andrés. Era el día del *Señor de los Milagros*, patrono de Lima y de Perú. Yo no lo sabía. Después de algunos meses me reuní con él.

Andrés vivía en Perú con un ritmo imposible de imaginar. Lo que se veía era la punta del iceberg de su entrega total, de cada instante, a Jesús, dentro del seguimiento inteligente, creativo y al mismo tiempo literal, de cada impulso de don Giussani y del movimiento de Comunión y Liberación, con una libertad que lo llevaba a encontrarse con todos y a servir a todos, a hacerse pequeño y estar en la sombra y, al mismo tiempo, a asumir también las responsabilidades de los demás cuando estos no eran capaces de hacerlo. Siempre corriendo a visitar todos los monasterios para encomendar a las monjas que rezaran por todas las personas a las que conocía y amaba, siempre corriendo para acompañar como un padre, literalmente como un padre, a un número

indeterminado pero altísimo de niños, siempre corriendo para gastar todas sus energías en la enseñanza y en el desafío a todos los profesores sobre los grandes temas culturales y eclesiales.

Después de su muerte no sé cuántos estudiantes de la Universidad Católica Sedes Sapientiae, de la que era fundador y alma, vinieron a decirme: «Yo era su alumna preferida, yo era su alumno preferido», como si los prefiriera a todos. Esto lo hace Jesús y esto hacía —en Jesús— Andrés.

Estoy agradecido a los autores de este libro que recoge tantos testimonios, a los que añado también esta pequeña contribución mía, porque permitirá a quien ha conocido a Andrés y custodia su memoria reavivar su conocimiento, y a quienes no lo han conocido poder gozar del testimonio de un «santo de la puerta de al lado», el siervo de Dios Andrés Aziani, que quizá un día será reconocido también como tal por la Iglesia.

✠ Giovanni Paccosi
Obispo de San Miniato

MI HERMANO ANDRÉS

Andrés es mi hermano. Utilizo el presente, porque un hermano lo es para siempre. Lo llevas dentro. Vale para todos, pero todavía más para Andrés. Estas páginas me confirman que su hermandad no vale solo para mí, su único hermano de nacimiento.

Esta preciosa antología de testimonios reunidos con amor y sabiduría por Gianni Mereghetti y Gian Corrado Peluso nos cuenta muchas verdades sobre Andrés, desvelando por qué esta hermandad va mucho más allá de los vínculos de sangre.

La primera verdad es que Andrés ha sido y es hermano para el enorme número de personas a las que ha conocido a lo largo de su intensísima vida. Todos, hombres y mujeres, jóvenes y adultos, religiosos y laicos, profesores y estudiantes, recuerdan de Andrés la atención total e incondicional con la que se relacionaba con las personas. Cada encuentro era para él uno con una hermana o un hermano al que dedicaba la totalidad de su atención y de su amor.

Otra verdad que pone de manifiesto este libro, a medida que los relatos se suceden, es la asombrosa integridad de la personalidad de Andrés, como emerge en los distintos testimonios. Cada anécdota, cada recuerdo añade un matiz a su retrato, pero todos contribuyen a representar una figura única, siempre fiel a sí misma, a su modo de ser y de vivir, que se relaciona con todos con la misma frescura, la misma pasión y fe. Cada uno revela un hecho nuevo, pero ese mismo

episodio nos resulta completamente familiar, porque es totalmente coherente con el recuerdo y la imagen que tenemos de Andrés. Y uno de los muchos méritos de este libro es precisamente este regalo: enriquece y profundiza en el conocimiento y la memoria de una persona que ya nos es conocida, nos regala la confirmación de un camino singular de coherencia con la propia vocación.

La figura completa de Andrés esculpida por mil autores es la misma que tengo yo en mi corazón y en mi mente. No quiero añadir anécdotas personales. Bastan las que se recogen aquí. Solo quiero recordar algunas características de Andrés que percibí desde niño, que mantuvo a lo largo de su vida y que he visto aquí reflejadas.

Generoso. Andrés era generoso, siempre, con todo, con todos; generoso con su persona, con su tiempo, con la atención que te dedicaba, con sus cosas. Regalaba a los demás todo lo que tenía, literalmente. Era una persona de gran sobriedad, hasta el límite de la indigencia en todo lo que afectaba a su persona; en Perú no tenía nunca ni un duro. Papá le mandaba dinero o se lo daba cada vez que nos veíamos. En la familia nos preocupábamos y nos preguntábamos por qué nunca tenía nada, aun viviendo de forma tan frugal. Cuando un año después de la muerte de Andrés, papá y yo fuimos a Lima, obtuvimos la respuesta que sospechábamos: ayudaba a un número increíble de personas. No solo sin ostentación, sino en silencio, de forma escondida, sin que lo supieran ni siquiera los otros *Memores Domini* con los que vivía. Se dieron cuenta en su funeral, cuando se presentó una multitud de personas desconocidas, cada una de las cuales contaba que había recibido ayuda de Andrés en un momento de dificultad.

Generoso con las cosas, era generoso también con su persona. No se reservaba. Y por eso el tiempo era precioso para él. Hasta tal punto que recuerdo que incluso consideraba dormir como una pérdida de tiempo. De chavales, cuando íbamos al mismo liceo, yo trataba de convencerlo prosaicamente de que, si no dormía por la noche, durante el día se derrumbaría por el cansancio. Pero era más fuerte que él. Si tenía que hacer algo, lo hacía y no se sentía tranquilo hasta que

no había llevado a término la tarea que se había propuesto, a veces incluso a costa de quedarse dormido sobre la mesa.

Andrés era atento. Atento con las personas, con las cosas, con los detalles; era escrupuloso en lo que hacía, que era otro modo de manifestar su plenitud de vida, en cada momento y actividad, tanto en las pequeñas cosas como en las grandes.

Tenía también una gran determinación. Aquí muchos recuerdan su resolución a la hora de llevar a término lo que había empezado y cómo animaba a los demás a hacer otro tanto. En todo lo que hacía ponía en juego toda su persona. Esto era un elemento de su carácter, pero también algo que adquirió en la familia. Es inútil anticipar aquí lo que el libro cuenta sobre nuestra familia; solo añado que en casa, desde la más tierna infancia, siempre se respiró el compromiso como dimensión natural de la existencia, como deber de participar activamente en el campo social, político, profesional y religioso. No conocíamos todavía el lema estadounidense *I care*, «me importa», «me interesa», que colgaba de las paredes de la escuela del padre Milani, pero de hecho era una práctica cotidiana.

Una última característica que las resume todas y que acompañó a mi hermano desde que recuerdo: Andrés era bueno. De niños, él era el hermano bueno, porque ya tenía todas esas cualidades que después fue madurando y que encontramos en esta apasionada y apasionante colección de testimonios.

En cada uno de ellos se encuentra algo nuevo, y al mismo tiempo, una confirmación de esa extraordinaria y maravillosa persona que ha sido, y es, Andrés Aziani.

Paolo Aziani

INTRODUCCIÓN UNA HISTORIA SINGULAR

Escribía Andrés a su amigo Giuseppe Albeti por su sesenta cumpleaños, el 27 de febrero de 2007, desde Lima:

Me ha mandado Dado un recorte de periódico, veo que han transformado la Anunciada en un monumento restaurado... ¡Increíble! Mientras leía me preguntaba: «¿Pero hablarán de nosotros? ¿De nosotros y de ellos, de aquella gente a la que tuvimos la gracia de conocer? No como nostalgia retórica ni sentimentalismo senil... Conservo algunas imágenes como si fueran una película. Quizá te he contado ya algunos momentos de conversaciones y encuentros contigo... en la calle, en el callejón central donde estaba Chiappa, si no me equivoco bajo los pórticos, tú te casarías al cabo de poco tiempo, yo... todavía no sabía qué hacer con respecto a la vocación... Tú me decías: «Mira, en cualquier caso tienes que considerar todas las hipótesis, no se puede descartar nada de antemano», refiriéndote precisamente a la virginidad. O cuando fue Giussani a tu casa —te acuerdas, ¿no?— Giussani con el gorro rojo de piel, el chaquetón marrón... y al final, como tenía que hablar con él, fui en coche contigo y con él. Le hablé de mi vocación, me dijo que, desde el principio, se trata sin duda un camino, etc., y también muchos otros momentos, por no hablar de la acogida infinita, inmensa y gratuita de tu familia, de Giovanna en primer lugar, de tus hijos a los que pude conocer desde pequeños, ¿solo a algunos? Y también Siena. Cuántas cosas tienes que perdonarme. Recuerdas —la cena fallida en el restaurante de la torre de Monte Oliveto... y también dando una vuelta por las calles de Siena— hasta nuestro encuentro en Lima —¡increíble! Realmente no son recuerdos, lo sabes bien, sino un presente, es un

presente que nunca termina de sorprenderme y de llenarme de gratitud, conmoción... sí, conmoción porque, llegados a este punto, ¿no es esto lo que necesitamos? Ver rostros llenos de asombro, conmovidos, agradecidos — ver que con el tiempo aumenta la certeza, aumenta el agradecimiento y entonces deseamos realmente seguir cada vez más el camino que don Giussani nos ha trazado con su vida, con su entrega sin cálculo, sin límite...

Andrés Aziani murió repentinamente en Lima el 30 de julio de 2008, por la noche, durante una reunión de responsables del movimiento de Comunión y Liberación.

En esta carta Andrés expresa, como en un fresco, toda su estatura humana y la conciencia que tiene de sí mismo. Y, como en una película, recorre su propia vida.

Hemos tratado de hacer el mismo camino de modo que, a través de las cartas a los amigos, de la mirada y del punto de vista de quien lo ha conocido o se ha topado con él, salga a la luz, como en una polifonía, esa «fiebre de vida», ese amor a Cristo, *Dulcis Christus*, que dominó su vida de forma conmovedora durante más de 50 años, desde Abbiatograsso a Milán, después en Siena y Florencia, hasta llegar a Perú y morir y ser enterrado en tierra de misión, en Lima.

La excepcionalidad de Andrés ha sido reconocida por la Iglesia, y fue el mismo monseñor Lino Panizza, obispo en Lima, quien quiso poner en marcha su causa de beatificación en 2016, pocos años después de su muerte.

En el 70 aniversario de su nacimiento, 15 años después de su muerte, este libro quiere proponer los rasgos más destacados de su personalidad y de su historia, caracterizada totalmente por una inagotable pasión misionera para que Cristo, el único amor de su vida, fuese conocido y abrazado. Con entrega total construyó, generando un pueblo, la morada en la que la piedra angular fue siempre el hombro de Jesús sobre el que apoyó su cabeza.

Las cartas de Andrés que figuran aquí mantienen su forma peculiar de escribir, expresión de su corazón ardiente. Por eso hemos conservado su estilo incluso gráficamente.

El libro está dedicado a todos los grandes amigos de Andrés, en primer lugar a don Giussani y a Carlo Wolfsgruber, como también a todos sus alumnos y a los niños a los que cuidaba.

También a su hermano Paolo, a sus queridos sobrinos y a los amigos comunes que ya se han marchado, pero que han dejado su huella: Sante Padovese (1937-2018), Giuseppe Albeti (1947-2021), Sandro Rondena (1953-2015), Luigi Amicone (1956-2021), Lele Tiscar (1956-2021), Clara Caselli (1949-2013), Daniela Altini (1956-2023), Roberto Battaglini (1940-2023), Juvenal Ñique Ríos (1915-2019).

Este libro es, como podrá verse, fruto del trabajo de muchas personas; no podemos recordar aquí a todas, pero por lo menos damos las gracias a Marco Berchi, que ha recogido muchas entrevistas en Perú y en Italia (y al Grupo Air France-KLM por la colaboración prestada con ocasión del viaje), y también a Marco Paglialunga, que ha favorecido esos primeros pasos.

Además, un agradecimiento particular a Michele Faldi por los consejos y las sugerencias en la revisión del texto y a Alberto Savorana por su mirada conmovida y crítica a la historia y al trabajo.

Un agradecimiento de corazón también a Sandro Chierici y a Paolo Pecciarini.

Finalmente, un agradecimiento especial a Eugenio Dal Pane, que ha cuidado este libro como algo precioso.

Los autores
30 de noviembre de 2023
San Andrés

PRIMERA PARTE

LAS CUATRO CIUDADES DE ANDRÉS

I. ABBIATEGRASSO

Andrés Aziani nace en Abbiategrasso el 16 de enero de 1953. La muerte precoz de su madre, María Samek Lodovici, en 1958, marcó ciertamente su vida como la de su hermano Paolo, pero el amor de su padre y el de su abuela materna colmaron el vacío afectivo que había quedado. De hecho, fueron muy importantes en el crecimiento humano y cristiano de Andrés sus abuelos maternos, Cora Taddei y Emanuele Samek Lodovici. Este, procedente de una familia judía de origen húngaro, antifascista y perteneciente al Partido Popular, fue senador de la República italiana. Médico de profesión, entre 1935 y 1970 ocupó un cargo directivo y desempeñó un papel decisivo en el desarrollo del hospital de Abbiategrasso, sobre cuya historia escribió un libro, *Mi hospital*. En la Navidad de 1984 se lo regaló a Andrés con una nota: «Querido Andrés, un abrazo. En esta breve historia que conservarás se halla también el recuerdo de tu madre. Felicidades en el Señor. Tuyo para siempre, abuelo Samek».

Cuenta su padre: «Desde pequeño era un niño muy dulce, bueno, respetuoso, obediente, sereno, siempre con una sonrisa. Siempre estaba contento, no se aburría nunca, jugaba con gusto incluso solo, pero cuando podía estar conmigo y con su hermano estaba feliz. Adoraba a Paolo, sentía por él una especie de veneración. Paolo era exuberante, siempre lo sabía todo, leía, contaba muchas cosas. Andrés no iba todavía al colegio y en su interior sufría por no saber leer. De este

modo, para emular a su hermano, aprendió a leer solo y empezó la escuela elemental un año antes de lo normal».

LOS PRIMEROS AÑOS DE ESCUELA

En la escuela de Abbiategrosso, las maestras y hermanas Marta y Giuditta, aunque solo le dieron clase durante periodos cortos, recuerdan de él su curiosidad viva y sus intuiciones de gran inteligencia y profunda sensibilidad.

«Recuerdo perfectamente su forma de ser», dice Giuditta. «Creo que estaba en segundo de primaria cuando sustituí a su profesora. Su aspecto de niño bueno coincidía con su comportamiento sereno, atento, siempre dispuesto a intervenir en las conversaciones con sencillez y con la naturalidad de quien no quiere exhibir lo que sabe, sino que desea comunicárselo a sus compañeros. Era amable con todos y siempre dispuesto a colaborar. Se dirigía al profesor con la misma naturalidad que tenía con sus compañeros, aspecto este que era raro en esos tiempos, demostrando con ello una singular personalidad».

De él dice Marta, la otra maestra: «Tuve el privilegio de ser profesora de primaria de Andrés durante un largo periodo y recuerdo a este alumno con nostalgia porque en él se daban una serenidad y una sensibilidad especiales. Un día estábamos hablando en clase sobre la vista y sobre sus distintas afecciones. Andrés intervino y afirmó: «También hay personas que están privadas de ella». Me impresionó mucho esta observación absolutamente fuera de los esquemas para niños tan pequeños y lo comenté también en casa, poniendo de manifiesto la sensibilidad de Andrés, que se hacía cargo ya desde entonces de las dificultades de los demás».

UNA DISPONIBILIDAD FUERA DE LO COMÚN

Tino, primo de Andrés, recuerda algunos episodios de aquellos años tan intensos y fascinantes.

«Con Andrés, al que le sacaba un año, compartí los años de las escuelas elemental, media y del liceo clásico, hasta el penúltimo año de escuela superior. Admitido en primero de elemental por libre, al haber nacido en enero, fue durante cinco años el número dos en la lista de la inolvidable maestra Bianca Bonecchi Magnoni, una concienzuda formadora para la treintena de alumnos que condujo hasta quinto. Delgado, taciturno y siempre sonriente: esta es la imagen que conservo de aquellos años.

»Dos meses antes de cumplir seis años, se quedó huérfano de madre —tía Mari, para mí—, que falleció muy joven. Pocos días después de la muerte de su madre, le contó a la maestra que una plantita que tenían en casa había florecido inesperadamente; ella le dijo que ese era el regalo ‘enviado desde el cielo’ por su santo.

»Recuerdo su docilidad serena cuando vivía junto a los abuelos maternos en un piso dentro del complejo hospitalario Costantino Cantù, del que el abuelo, el famoso profesor Samek Lodovici, fue también director sanitario.

»En los años de primaria era un niño «humilde de corazón, manso, pero decidido», a diferencia de su hermano mayor Paolo, que tenía un carácter menos conciliador y más propenso a imponerse. Andrés empezó bastante pronto a hacer de monaguillo, servicio que continuó con celo durante los años siguientes, cuando iba a secundaria y su vitalidad empezaba a destacar.

»De aquel periodo data también su compromiso en el oratorio, animado por el joven sacerdote Gianni Calchi Novati², tanto a nivel de apostolado, que vivía con entusiasmo, como en el ámbito deportivo, poniendo de manifiesto prometedoras dotes futbolísticas.

² Del padre Gianni tuvo siempre un grato recuerdo, como se puso de manifiesto en el testimonio que dio en La Thuile el 2 de agosto de 1991, en los Ejercicios de los novicios de los *Memores Domini* (la asociación laical, llamada también Grupo Adulto, que reúne a personas del movimiento de Comunión y Liberación que siguen una vocación de entrega total a Dios viviendo en el mundo).

»Cuando estaba en el tercer curso de secundaria participó en el tradicional torneo de seis jugadores que tenía lugar en primavera. Como era el capitán, quiso dar a su equipo un nombre curioso: All'Onestà y, con auténtico espíritu deportivo, no se avergonzó lo más mínimo del último puesto conseguido. 'Jugar para divertirse' era el espíritu que motivaba siempre su participación en distintos eventos.

»Con ocasión de las Olimpiadas del oratorio, recuerdo haber ganado junto a él una carrera de relevos de 4x60, porque estaba entre los chicos más veloces. Sorprendían sobre todo su sentido de solidaridad y una disponibilidad fuera de lo común».

Su primo Paolo Samek cuenta que era fascinante verlo jugar al fútbol. Luchaba denodadamente, e incluso cuando el partido parecía perdido, animaba a sus compañeros de equipo a intentarlo todo. Jugaba porque le gustaba, no tenía objetivos especiales más allá del de divertirse.

SU ENTRADA EN GS

Pigi Arcagni cuenta un episodio significativo que documenta cómo se produjo el primer encuentro de Andrés con la experiencia de GS (Gioventù Studentesca)³.

«La entrada de Andrés en GS es un asunto que refleja el carácter y las decisiones de Andrés y de las personas cercanas a él. En octubre de 1965, su hermano mayor, Paolo, que estaba en su primer año de liceo [14 años, *ndt*], empezó a asistir a los encuentros de Gioventù Studentesca en Abbiategrasso. Entonces Andrés, como hacen

³ GS (*Gioventù Studentesca*), movimiento de presencia en el ambiente estudiantil de la Acción Católica ambrosiana, impulsado por don Luigi Giussani en la primera mitad de los años cincuenta. En los años setenta, de antiguos estudiantes de GS ahora en ámbito universitario saldrá Comunión y Liberación. En los años ochenta, esa misma sigla, GS, se retomó para indicar la experiencia de los estudiantes de CL de enseñanza secundaria (*ndt*).

habitualmente los hermanos menores ante algo bonito, quiso seguir a su hermano mayor y entrar también él en GS. Pero Andrés iba todavía a la escuela media y el sacerdote que guiaba GS, Gianni Calchi Novati, era contrario a la entrada de un chaval de la escuela media inferior en GS, porque no estaba previsto. Sin embargo, Paolo no se detuvo ante la negativa del sacerdote y trató de superar el obstáculo.

»Aquel año yo era el presidente de Gioventù Studentesca de Abbiategrasso. Paolo, al que ya conocía gracias a su asistencia al oratorio antes de que entrara en GS, se dirigió directamente a mí, informándome de que su hermano Andrés tenía muchas ganas de entrar en GS. Me dijo también debidamente que el padre Gianni consideraba que era demasiado pronto.

»¿Acaso pueden no tenerse en cuenta las indicaciones del consejero espiritual? Con la impulsividad de mis diecinueve años le dije a Paolo que sí, que le dijera Andrés que podía venir a los encuentros, asegurándole que asumía personalmente como presidente la responsabilidad de esa decisión.

»¡Andrés se puso contentísimo! Así empezó su camino por el sendero del Señor, como un 'ilegal'. La ley de Dios es distinta de la de los hombres; no se nos mide por el respeto a la forma, sino por lo que se ama a una persona. Así pudo Andrés, por mi desobediencia a la ley, encontrarse con Aquel que llevó su vida a plenitud».

UN JOVEN «EXAGERADO»

Al terminar la escuela media comenzó para Andrés el periodo del seminario, donde cursó los dos primeros años de la escuela superior [14-15 años, *ndt*] en el seminario menor de San Pedro en Seveso.

Al recibir la noticia de su muerte, un antiguo amigo del seminario menor recordó conmovido la pasión de Andrés en el juego y la intensidad en la oración, en el estudio o en las amistades, así como en el comer, hasta el punto de parecer «exagerado» a personas de fuera.